

# Terminal

Gino Frangini



## Capítulo 1

—Quiero seguir contigo.

A menudo pienso en esas palabras. Representan mi verdad. Pero esta vez las había materializado con mi voz sin pretenderlo. Adela se da vuelta y mis ojos, de pronto, se encuentran con los suyos. Le observo atentamente su piel mestiza. La trayectoria de las pecas de sus mejillas me obligan a bajar la mirada hasta su collar, un medallón de plata que apenas brilla, opaco. Vuelvo a subir la mirada y ella finge mirar otra cosa. Ambos continuamos este juego por un rato, como dialogando sin hablar. «¿Qué nos estamos diciendo?» Pensé.

—Calla, que me tengo que ir —dice. Su voz suena muy alta y limpia, recitando cada palabra con firmeza. Da media vuelta y se aleja. Sus compañeras de colegio la esperan frente al ferrocarril que está por partir. La reciben entre abrazos antes de subirse todas al vagón principal. Desde aquí es la más menuda del grupo.

## Capítulo 2

Mientras el tren se encoge a la distancia, comienzo a escarbar entre mis pensamientos hasta que un recuerdo se incrusta y decide no abandonarme. Se trata de cuando deslicé los dedos por debajo de la blusa de Adela y casi le desabrocho el sujetador en un campo de espartina. El recuerdo se vuelve más tangible conforme su vagón se difumina en el horizonte. Ella se tiende debajo de mí, entre los tallos de espartina, y la hierba cruje mientras trazo el contorno de sus costillas con la mano y continúo con el tacto suave de su espalda hasta sentir la humedad en la base de la columna. Fuera de este campo está la pradera donde dicen que hace dos semanas aterrizaron los alienígenas. Estoy intentando desnudar a Adela en un otoño en el que en nuestro pueblo, El Romeral, solo se habla de avistamientos de pájaros fantasmas y ovnis. Un recuerdo que, mientras lo evoco, pareciera que me evocara a mí. Unos chicos que iban en una camioneta contaron que unas luces voladoras los habían perseguido por un camino de tierra. Una señora de la zona se mudó con gran alboroto porque durante dos días seguidos vio una especie de humanoide negro y peludo contemplarla mientras lavaba los platos.

Nada de eso importa, porque todo ocurre fuera de los límites de la espartina en lugar de aquí dentro. Yo estoy ocupado con Adela. Me fijo en el punto donde nuestra piel se toca. El blanco de mi brazo en contraste con su marrón intenso. Su color es la mezcla de una madre mapuche y un padre haitiano. La falda es del liceo nacional de Valparaíso, colegio católico donde estudia, y la estoy estrujando con la mano. El tacto de la lana me produce una emoción intensa, como su piel, y quiero que la experiencia me cambie. Ambos exhalamos aire caliente y mis manos no se pueden mantener quietas. Ella se mueve al tiempo que yo, como una danza de imitación, y no me deja pasar de la cintura de la falda. Este es nuestro conflicto regular y lo repetimos con ánimo frustrado, como una discusión que ya nos aburre.

## Capítulo 3

Va a clase con chicos de uniforme con pantalones de color caqui y zapatos azules de cordones. En cambio yo llevo los mismos vaqueros de siempre, de la antigua tienda de Molas, donde gasto gran parte de lo que gano en el reciclaje. Estas botas las compré nuevas y ya no me las quito cuando estoy con ella. Me da miedo que perdamos la emoción del momento mientras me desato los cordones, y si eso ocurre, ella jamás se dejaría llevar por la pasión. Entonces, juntos y con movimientos cada vez más restringidos, nos damos por vencido sin haber conseguido avanzar hacia los territorios en disputa. Ambos respiramos con aliento entrecortado. Un delfín de madera reposa en el cuello de Adela y debajo, el recuadro de papel del escapulario.

—¿Qué estamos haciendo? —me pregunta.

No sé qué responder. Puede que me esté hablando de por qué hacemos eso escondidos en la hierba y, en cambio, no vamos al cine ni caminamos de la mano por el centro comercial lleno de arte posmoderno que tiene El Romeral. Después de todo tengo un mapa de Valparaíso colgado en la pared. Lo saqué de un diario regional cuando tenía siete años, y la forma de su playa me es tan familiar como el cielo, al igual que sus cerros, calles y centros culturales. Mi padre vivió allí hasta mis cinco años, pero antes de eso ya había visto el país en la tele. Para mí Valparaíso es fuego y prehistoria, la razón por la que mi padre no se relaciona con los números y por la que mi madre empezó a trabajar en una agencia de seguros. Me llamo Gabriel Sánchez y Valparaíso forma parte de mí aunque yo ni siquiera comprenda de qué manera: es una herencia, como un segundo nombre. Desde hace unos días, por aquí se habla mucho de una película que se titula Encuentros Cercanos del Tercer Tipo, pero no la he visto. El cine de ahora me aburre y todo el mundo sale feo. No practico deportes y leo bastante poco, pero tengo un buen apretón de manos.

Con un dedo recorro la orilla tostada del vientre de Adela y ella me para en la cintura de la falda. Me la imagino en mi cama, donde no ha estado nunca, debajo de la mosquitera que cuelga sobre el colchón. Hay retales de camuflaje prendidos al dosel y más de una noche he inventado helicópteros que irrumpen en el silencio de las marismas, enormes máquinas que descienden como flotando en el aire y doblegan los juncos. Una voz eléctrica y divina que pronuncia palabras arcanas entre las interferencias. Bravo, Eco, Alfa, Charlie.

Tenemos dieciseis años y en este momento estoy convencido de que Adela está a punto de rendirse, de que este duelo entre pistoleros acabará pronto y las condiciones del alto el fuego se tornarán a mi favor.

Nos levantamos y nos arreglamos la ropa. Nos fijamos en botones y cuando nuestras miradas se encuentran, las apartamos al instante.

—Mañana puedo quedarme un rato más —me dice—. Mis padres tienen una fiesta.

—Bien.

Observamos al vecino desenrollar un cable para unos focos que los chicos han instalado en el tejado, donde han clavado una pancarta de «BIENVENIDOS» apuntando hacia el cielo.

Adela solo tiene que subir una cuesta para volver a su colegio, donde sus padres creen que está haciendo las pruebas para entrar en el equipo de atletismo. Yo, en cambio, camino casi cinco kilómetros en la dirección opuesta, hacia el este, desde la Ruta 68 y bordeo el lago hacia el centro del pueblo. Allí no hay más que varias hileras de calles desiertas, escaparates tapados con pintura blanca, farolas rotas. Al cartel de los antiguos almacenes Molas le falta la primera letra y cuando lo miro desde mi ventana, veo la costa de El Romeral y la palabra «olas» se convierte en un anuncio del mar. He estudiado la población. A veces me salto las clases para hacer reconocimientos. Si paso por uno de los aparcamientos, sé que está situado encima del lugar donde hubo una refriega entre dos bandos de mercenarios de la guerra civil. Sé que el pequeño obelisco masón que hay junto al centro cívico es donde un marinero estranguló a su novia en 1973, y también que Pinochet tuvo una guarida junto a una enorme roca agujereada por un montón de cuevas, justo donde ahora hay un local de comida rápida de mariscos. Al otro lado del lago aún se alzan las refinerías cerradas, pedazos de acero y tubos de metal que parecen una ciudad construida para insectos. Cuando se empieza a poner el sol, imagino helicópteros elevándose, bombarderos que rugen en el aire, arrojan una lluvia de fuego y hacen volar las extintas refinerías por los aires para despejar la orilla del lago. Desde el agua llega una brisa aceitosa con un ligero tufo a pescado. Más o menos cada quince años, sube el nivel del mar de Valparaíso, y sé que dos veces en la historia de El Romeral el agua se llevó por delante todo lo que hay a este lado del pueblo. Una ola marrón lo arrancó todo y lo arrastró a otra parte. La gente había levantado diques con sacos de arena, pero el agua los destruyó. En las imágenes de la inundación, los sacos parecen un montón de dientes flotando en café. Hace dos semanas que quedo con Adela, pero la conozco desde que éramos pequeños. No parece que le importe que nos veamos en secreto.

No sé adónde nos llevará esto.